

SE oyeron unos pasos en el pasillo y el detective entró en la pieza con los ojos abiertos. Afuera, la noche estaba terminando de bajar su pesada cortina de hierro, que hizo un ruido seco al tocar el suelo, y adentro, en la pieza, bajo la escasa luz de una bombilla que colgaba con desgano del techo, la escena tenía toques confusos. Pese a sus esfuerzos, el detective no la entendía. Claro que no había tenido aún el tiempo de husmear el ambiente, acababa de llegar. Aunque con la edad iba perdiendo el olfato. Esto lo preocupaba. Los sentidos eran su brújula, disparaban hacia los cuatro puntos cardinales y volvían potenciados al punto de partida. Pensó en los perros, que leían los olores como si fuesen códigos secretos. Pensó en los ciegos, que tanteaban el misterio de la vida con su tacto sutil. Perdían sentidos y encontraban otros por el camino. No había código que se les resistiera. Cerró entonces los ojos un par de segundos para probar, como pidiéndole ayuda a una noche más íntima, pero cuando los abrió de nuevo, nada había cambiado, la escena seguía tan confusa como antes, lo que lo decepcionó. O no tanto, porque aho-

ra estaba su asistente, se llamaba Silbano. Esto, por lo menos, era una certeza. La primera piedra, se dijo el detective, que sonrió un poco pero no mucho, porque no supo muy bien de qué piedra se trataba o para qué servía. Se preguntó entonces cómo su asistente había llegado hasta ahí, él no lo había invitado. Aunque no necesitaba hacerlo, su asistente era tan pegajoso como un chicle. No podía hacer nada sin él. Lo seguía a todas partes. Acaso, Silbano era su lazarillo y él un pobre ciego que iba perdiendo sentidos a lo largo del camino. Lo que quería decir que su asistente no lo seguía, más bien lo precedía. Esto no le gustó al detective, porque significaba que además de perder sentidos, también perdía terreno. Se imaginó la distancia cada vez más grande que lo separaba de su asistente. Este le decía algo, pero él no lo oía bien porque la distancia era tan grande que el viento se llevaba las palabras. Se imaginó las palabras de su asistente como secretos zarandeados por el viento. Cualquiera podría escucharlas, menos él, lo que le pareció peligroso, aunque no supo decir por qué. Acaso porque alguien podría descifrar mal el código. A menos que con algo de suerte este código desparrramado por el viento cayera en los oídos de un ciego —otro ciego, no él— o fuese olfateado por el hocico húmedo de un perro. Esta posibilidad remota le pareció un alivio. Aunque no tenía perro, lo que le pareció una pena. Se imaginó un perro grande y avisado, con las orejas alzadas y sacudiendo la cola al

haber dado con una pista. Bastaba entonces con seguirla. O con seguir al perro. O con acariciarle el lomo. Se puso a mirar de nuevo la escena. Lo hizo como si tuviera el olfato de un perro o como si alguien le estuviera acariciando el lomo para alentarle, pero sólo sintió un olor a polvo. Pensó entonces en un mundo cubierto por una espesa capa de polvo y le pareció triste. La luz en la pieza era pésima, lo que también le pareció triste. El detective alzó la cabeza y miró la bombilla que colgaba penosamente del techo. No vio nada. O sí, vio una luz amarillenta que lo encandiló un par de segundos. Tuvo que cerrar de nuevo los ojos. Trató de concentrarse, para ver si así podía descodificar algún código. Pero no descifró gran cosa, sólo vio colores amorfos que se confundían en manchas azarosas. Pensó en la pintura abstracta. Pensó en la paleta de un pintor, en el surtido infinito de los colores, en formas que nacían por sí solas. ¿Podían pintar los códigos secretos de la negrura, los ciegos?, se preguntó. Trató de pensar en el tema, pero no llegó a nada, no conocía a ningún pintor ciego, y no había oído hablar nunca de uno. Los pintores ciegos no existen, se dijo. Estuvo a punto de preguntarle a Silbano, su asistente, si conocía algún pintor ciego, pero se contuvo. Abrió los ojos. Seguía sin entender la escena. Incluso, le pareció más confusa aún. Su asistente, que se encontraba a algunos metros de él, tampoco entendía la escena, pero hacía como si la entendiera, de ahí su postura erguida. Le-

vantaba mucho la cabeza y tenía los ojos muy abiertos, como si tratara de ver más allá de las apariencias o como si la escena fuese una nuez y él la pinza dispuesta a romper la cáscara. El detective, menos ambicioso, se puso a mirar el suelo. Estaba sucio, cubierto de diarios viejos y otros desperdicios. Gruesos pedazos de mampostería y ladrillos rotos lo volvían peligroso, había que andar con cuidado para no caer. El edificio había conocido tiempos mejores, se dijo el detective. Después se preguntó a qué se parecían los tiempos mejores. No supo responderse. Aunque, debido a su avanzada edad, había visto más de un tiempo a lo largo de su vida, tuvo que admitir que se parecían todos un poco. Miró de nuevo a su asistente, cuyos ojos estaban tan abiertos que parecían ojos de locos, y se dijo que él no sabía nada de los mejores tiempos, no los había vivido aún. Esto quería decir que los mejores tiempos se encontraban en el futuro, lo que le pareció paradójico. Entre otras cosas porque los tiempos de este edificio, por lo visto, habían pasado, y hacía mucho. Se preguntó entonces si el tiempo no resultara cíclico y si no fuera eso el secreto de su mejoramiento. Los tiempos mejores se encontraban en el pasado, de acuerdo, puesto que necesitaban del tiempo presente como elemento de comparación, pero ya que el presente era también el pasado del futuro y que el futuro, a su vez, resultaba asimismo el pasado de otro futuro más lejano, eso significaba que este edificio venido a menos acaso

podría conocer otros mejores tiempos en algún futuro cercano o remoto. El detective se fijó en un pedazo de ladrillo que yacía en el suelo cerca de sus pies y que casi lo había hecho trastabillar. Pero, por más que lo miraba, no logró saber si los tiempos de este ladrillo habían sido mejores o peores. Los ladrillos, se dijo, vivían apretados en una pared y debían de permanecer indiferentes a los altibajos del tiempo. El tiempo es un asunto humano, se dijo, y los ladrillos vivían en un hacinamiento que lo excluía. Pero el tiempo también excluía a los hombres, ya que proseguía con indiferencia su camino. El detective se imaginó una pared de ladrillos tan alta que bloqueaba el avance del tiempo. Pensó de nuevo en el polvo y se dijo que el polvo era la forma que tenía el tiempo de derribar los obstáculos. Aunque algunos obstáculos, como la Gran Muralla china, no se derrumbaban nunca, se dijo. Por eso el mundo no se moría de tristeza ahogado bajo capas de partículas, se dijo. Escuchó entonces algunos pasos y vio que su asistente se había acercado para mirar también el ladrillo. No entendía nada de la escena, pero para hacer como si entendiera algo, imitaba todo lo que hacía su jefe. Eso molestaba un poco al detective, pero lo aceptaba como un mal menor. Él también había imitado a gente, se decía. Lo había hecho en su juventud, se decía. Y también después. La vida tiende a la imitación, se decía. Uno remeda una cosa y se vuelve otra cosa. O no. A veces, las cosas terminan por confun-